

El cielo robado
Dosier Renoir
ANDREA CAMILLERI

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *Il cielo rubato*

© Skira editore, 2009

© de la traducción: Teresa Clavel, 2017

© de esta edición, 2017:

Gatopardo ediciones

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo 2017

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

La ráfaga de viento, Pierre-Auguste Renoir, 1872

Imagen de interior:

Rectorado de Cagliari, 10 de mayo de 2013

© Valentina Corona

ISBN: 978-84-946425-2-4

Depósito legal: B-8225-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Andrea Camilleri, escribiendo, en el Rectorado de Cagliari,
10 de mayo de 2013.

EL CIELO ROBADO

Sra. Alma Corradi
Piazza Xxxxx, 2
Roma

Agrigento, 23 de diciembre de 1999

Apreciada señora:

Permítame decirle que considero su carta, recibida ayer, el mejor regalo de Navidad que jamás podría imaginar. No sólo por su contenido, sino sobre todo, diría yo, por lo totalmente inesperado de su llegada. Y por haberme trasladado de un salto a los tiempos de mi juventud, olvidada hace ya mucho tiempo.

Me comunica usted que ha encontrado en un puesto de libros de segunda mano, en Turín, una obra mía editada (¡bastante mal!) en 1960 por una editorial muy pequeña de Reggio Calabria que quebró hace años, y no sólo lo ha comprado y leído, sino que me escribe sobre él en términos absolutamente elogiosos.

Como comprenderá, el hecho me ha causado un gran placer; resulta bastante difícil resistirse a la vanidad.

Su carta me ha movido a releer ese lejano escrito (tengo un solo ejemplar) y debo confesarle que la lectura me ha producido una intensa sensación de vergüenza.

Porque, aparte de algunas consideraciones inteligentes, he encontrado en él toda la presunción e incluso la arrogancia de mis veinte años.

Me pregunta usted cómo es que fui el primero en afirmar que, sin duda alguna, en dos frescos de la iglesia de Capistrano (Catanzaro) intervino la mano de Pierre-Auguste Renoir.

Habla, generosamente, de mi «asombrosa intuición» y de mi «profundísimo y amplio conocimiento del mundo pictórico del maestro del impresionismo».

En realidad, eso es lo que doy a entender en mi juvenil y petulante librito. Pero ahora, llegado al inicio de la vejez, o, mejor dicho, entrado ya en ella, me siento capaz de decirle toda la verdad.

Mi abuela materna, con la que estaba muy encariñado, nació precisamente en Capistrano, en 1874, y era hija de un albañil.

Tenía siete años, por lo tanto, cuando el maestro llegó allí.

En su memoria de niña quedó grabada la imagen de un pintor francés al que ella llamaba el señor Renuá, el cual, en vista de que los frescos de la iglesia local se estaban deteriorando a causa de la humedad, decidió en cierto modo detener su destrucción definitiva realizando una especie, no de restauración, sino de reconstrucción.

Para ello, utilizó pinturas normales y corrientes de las que se emplean para pintar las paredes o las fachadas de las casas, y quien se las suministró fue precisamente el padre de mi abuela. Y, en relación con esto, ella recorda-

ba haber acompañado a su padre a una localidad vecina (era el primer viaje que hacía), donde un albañil amigo lo aprovisionó de pintura de un azul particular, que se le había acabado debido al abundante uso que hacía de ella el pintor francés. Era la primera vez en su vida que este último se enfrentaba a la pintura al fresco, y lo hacía, además, con medios inadecuados.

De manera que el librito no fue el fruto de minuciosas investigaciones unidas a iluminadoras intuiciones, como di a entender, sino que es, sin más, la fiel transcripción de un relato recurrente de mi abuela.

A mí me bastó una breve visita a la iglesia para encontrar la confirmación de todo. El rostro del ángel en el Bautismo de Jesús es sin discusión el de Aline Charigot, modelo, amante y más tarde esposa de Renoir, y obsesivamente retratada por él.

Tres años después de que saliera mi libro, que pasó del todo inadvertido, se publicó en Italia la traducción de la biografía que Jean Renoir, el director de *La gran ilusión*, había dedicado a su padre y que había aparecido en Francia el año anterior.

En ella, como recordará, Jean dice a propósito de estos frescos que su padre los «rehízo» (*«refit»* en el original), verbo que me parece bastante importante porque significa, en mi opinión, que Renoir no los hizo *ex novo*, sino que repasó el color borrado por la humedad y modificó de forma sustancial algunos trazos donde esta intervención resultaba necesaria.

Acerca de la localidad (Pierre-Auguste le dice a su hijo que se trataba de un pueblecito de montaña, sin men-

cionar el nombre), no creo que pueda haber dudas de que es Capistrano.

En resumidas cuentas, estos frescos no poseen, a mi entender, ningún valor intrínseco; lo tienen, a lo sumo, como curiosidad y como atracción turística.

Apreciada señora Corradi, le estoy infinitamente agradecido por su carta. El recuerdo de mi época juvenil ha actuado de algún misterioso modo como tónico.

Le doy de nuevo las gracias y le deseo una feliz Navidad y un próspero año nuevo.

Suyo,

Michele Riotta

Sra. Alma Corradi
Piazza Xxxxx, 2
Roma

Agrigento, 24 de diciembre de 1999

Apreciada señora:

Inmediatamente después de haber echado la carta al buzón, he recordado que existe un antiguo tema musical jazzístico norteamericano que se titula «Cuando las golondrinas vuelven a Capistrano».

No creo que usted lo conozca. De todas formas, deseo decirle que su carta ha hecho que las golondrinas vuelvan a «mi» Capistrano.

Le estoy muy agradecido por su amable atención y le expreso de nuevo de todo corazón mis deseos de que tenga una feliz Navidad y un todavía más feliz año nuevo.

Suyo,

Michele Riotta

P. D.

Asaltado por una duda, he ido a hacer una comprobación. Estaba equivocado.

La canción norteamericana se titula exactamente: «Cuando las golondrinas vuelven a Capestrano», que es un pueblo de la provincia de L'Aquila.

La memoria empieza a jugarme malas pasadas.

En cualquier caso, sea a Capestrano o a Capistrano, da igual: las golondrinas han vuelto.

M. R.

Sra. Alma Corradi
Grand Hotel Xxxxx
Cortina d'Ampezzo

Agrigento, 3 de enero de 2000

Apreciada señora:

Espero que esta carta le llegue antes del día 8, fecha en la que, como me informa en la suya, se marchará de Cortina.

Le digo con toda sinceridad que no esperaba tener más noticias de usted, y ese pensamiento me desagradaba bastante. Estaba seguro de haber satisfecho de sobra su curiosidad acerca de mis estudios (¡!) sobre Renoir.

De ningún modo quisiera que me malinterpretase: no estoy manifestando otra cosa que mi auténtica sorpresa por su segunda carta, que he recibido con muchísimo agrado.

Usted me pregunta ahora, con extrema cortesía, pero también con un interés que me conmueve, por qué en el debate que siguió a la publicación del libro de Jean Renoir sobre su padre no intervine en la cuestión relacionada con la estancia en Calabria del pintor y con los famosos (por decirlo de algún modo) frescos de la iglesia de Capistrano.

Abro un pequeño paréntesis: esa biografía está escrita por un gran artista, Jean, un maestro indiscutible del cine, y está dedicada a su padre, Pierre-Auguste, el maestro del impresionismo.

¿Qué quiero decir con eso?

Quiero decir que el libro hay que cogerlo con pinzas, o tomarlo a beneficio de inventario (por utilizar una expresión, para mi gusto, más adecuada), porque me parece que no todo lo que cuenta hay que creerlo a pie juntillas.

Abro otro paréntesis: los artistas nunca son biógrafos rigurosos ni siquiera de ellos mismos, ¡y no digamos si además los hechos narrados guardan relación con personas por las que ellos sienten afecto o amor!

En definitiva, a mí la biografía me pareció tan interesante como muy embrollada.

Algunos episodios, como el de las campesinas calabresas que, en las aguas de un río en plena crecida (¡nada menos!), se pasan alegremente de mano en mano a Renoir, el caballete y los lienzos, como si fueran fardos, me parecen francamente puro fruto de la fantasía.

No sabría decir si paterna o filial, pero en resumidas cuentas fantasía.

Cerrados los paréntesis.

Le diré, pues, que leí atentamente los artículos de los periodistas Gambino, Pisani y Curatola, del pintor Franco Natale y de muchos otros que afirman, con entusiasmo, buenas razones y abundancia de argumentos, ver en esos frescos la huella inconfundible —casi una huella dactilar— de los colores de Renoir.

Y me divirtió bastante el juicio rotundamente negativo de un eminente crítico e historiador del arte, el cual calificó con firmeza la atribución a Renoir de absurda, afirmando que se trataba «de un vulgar pintarrajo del siglo XVIII».

Lo mínimo que se puede decir es que el ilustre historiador cometió un error de un siglo, porque está históricamente demostrado que la iglesia fue arrasada por completo por el terremoto de 1783 y reconstruida entre 1790 y 1800, y que los frescos, como está ampliamente probado, los ejecutó con sus propias manos el cura párroco don Coda en el quinquenio 1812-1817 y, más tarde, el también párroco don Domenico Manfreda. Los cuales eran con toda certeza devotos creyentes, pero con la misma certeza no eran ni mucho menos excelsos pintores.

Sobre la base de estos auténticos pintarrajos (sólo en llamarlos así tiene razón el ilustre historiador), el pobre Renoir se encontró trabajando.

¿Se imagina usted a Renoir retocando esos marmarachos? Sin duda se ganó el Purgatorio.

Como ve, me he mantenido en todo momento informado.

El motivo por el que nunca quise intervenir en el debate es bastante sencillo: porque en realidad ya había dicho todo lo que sabía al respecto en mi librito de 1960. El cual, lo habrá observado, ninguno de los participantes en el debate se dignó nunca citar, ni siquiera de pasada.

¿Por qué? Hay dos posibles respuestas.

La primera es que el libro no tenga ningún valor, aunque hay que reconocerle el mérito de haber sido el primero en mencionar el nombre de Renoir.

La segunda es que no sepan de su existencia. Usted, apreciada señora, al parecer es la única excepción.

En ambos casos, cualquier intervención posterior por mi parte habría sido repetitiva y esencialmente inútil, no habría servido sino para hacer que apareciera mi nombre de forma fugaz en algún periódico de provincias o en alguna televisión local.

No habría valido la pena.

Ese librito, vuelvo a repetírselo, fue un «primer error juvenil». Primero y último, puesto que no he publicado nada más.

No, rectifico, algunos escritos míos han salido en la revista nacional de notarios. Artículos, llamémoslos así, técnicos.

¿Sabía que ejerzo, afortunadamente durante poco tiempo más, de notario? (Aunque nunca he llevado capa, como decía una canción de hace muchos, demasiados años.)

Viudo y sin hijos, espero poder retirarme pronto de la profesión (dejo el despacho a un sobrino) e irme a vivir a mi casa de campo con espléndidas vistas al Templo de la Concordia.

No le oculto que haberla conocido, aunque no sea en persona, ha sido un gran placer para mí.

Vuelvo a desearle un feliz año nuevo.

Suyo,

Michele Riotta

Sra. Alma Corradi
Xxxxxx
231, rue Xxxxxx
Paris (France)

Agrigento, 20 de enero de 2000

Estimada señora:

Gracias por la preciosa postal con la reproducción de Renoir.

La envidia. No he estado nunca en París y creo que ya no tendré ocasión de visitarla.

Disfrute del placer de encontrarse en una ciudad de ensueño y dedíqueme un trocito (pequeñísimo) de su placer.

Michele Riotta

Sra. Alma Corradi
Xxxxx
231, rue Xxxxx
Paris (France)

Agrigento, 25 de enero de 2000

Apreciada señora:
¡Pero cuánto viaja usted!

Yo, en cambio, hace años y años que prácticamente no me muevo de Agrigento, bien porque mi innata pereza ha aumentado mucho con la edad, bien porque volar me da miedo.

El tren ni siquiera lo tomo en consideración; soy un fumador empedernido y me siento incapaz de privarme durante mucho rato de mi vicio.

Querida amiga, ha pillado usted al vuelo, con extrema cortesía, mi implícito pesar por no haber tenido la posibilidad de conocerla en persona y ha querido colmar ese vacío enviándome una foto suya, del verano pasado, donde aparece en el interior de una caseta en la playa de Saint-Tropez.

Al verla, lo confieso sonrojándome, me ha dado un vuelco el corazón y me he quedado literalmente sin respiración.